

A LA ÚLTIMA

Multiculturas



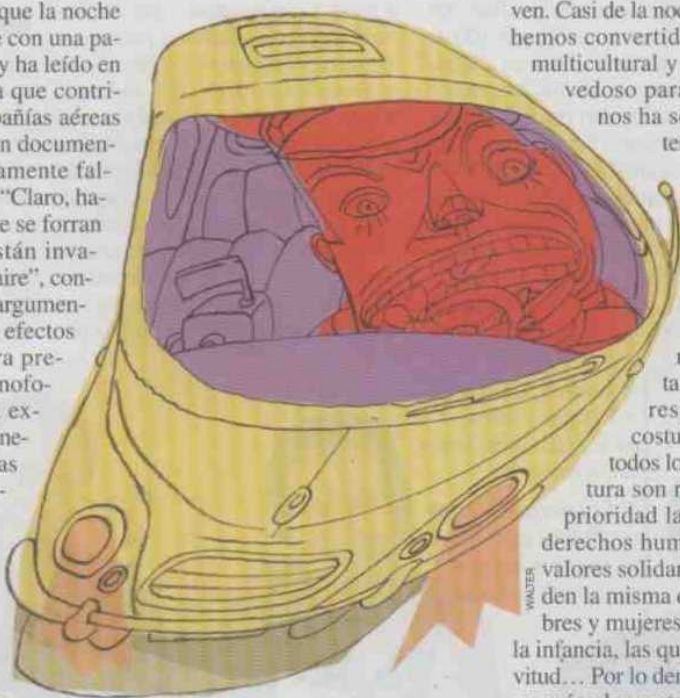
NATIVEL PRECIADO

Tropiezo con un taxista que despótica contra todo y quiere acabar con *los otros*, cualquiera que sea su nacionalidad: rumanos, gitanos, moros... "Todos esos tienen la culpa de lo que nos está pasando", añade visiblemente alterado. Me extraña que se haya olvidado de los negros. Quizá es que en Madrid faltan negros. El hombre está furioso porque la noche pasada tuvo un percance con una pareja de inmigrantes y hoy ha leído en el periódico una noticia que contribuye a su ira: "49 compañías aéreas trasladan inmigrantes sin documentos de identidad o claramente falsos". Se carga de razón: "Claro, hacen la vista gorda porque se forran a ganar dinero. Nos están invadiendo por tierra, mar y aire", concluye sin escuchar más argumentos. He aquí uno de los efectos colaterales de la guerra preventiva: la creciente xenofobia hace sospechoso al extraño y le transforma en enemigo y culpable de todas nuestras desdichas. Lo inquietante de este taxista (los taxistas no son así) es que no se trata de un neonazi o un cabeza rapada sino de una persona corriente que no se considera a sí mismo racista. Unos más que otros, pero todos hemos metido la pata alguna vez en asuntos relacionados con la inmigración; los diversos metepatas son responsables de que haya arraigado tan profundamente la idea de que la palabra inmigración es sinónimo de inseguridad ciudadana. A algunos dirigentes políticos se les escapa la insinuación con una frecuencia inusitada.

Hemos tardado más que el resto de los europeos en conocer el fenómeno de la inmigración. Hace poco tiempo los españoles éramos emigrantes. En otros países han podido acostumbrarse a la idea porque los trabajadores extranjeros fueron apareciendo a lo largo de muchos años. En España, sin embargo, la afluencia se ha producido masiva y súbitamente. Una de las medidas que se tomaron con retraso fue

la de regular debidamente la entrada de inmigrantes; establecer pactos y leyes de acogida para impedir que los más desaprensivos o los delincuentes trafiquen con mano de obra clandestina, barata, indefensa y desvalida. El pacto y la ley no sólo otorgan derechos a los inmigrantes, también les exige el deber de aceptar las normas del país de acogida. Tienen que adaptarse, además de a la legalidad, a la cultura formal del país donde viven. Casi de la noche a la mañana nos hemos convertido en una sociedad multicultural y este hecho tan novedoso para nuestros hábitos nos ha sorprendido sin criterios sólidos para resolver dilemas culturales inevitables.

¿En qué consiste la hospitalidad? ¿Busca el inmigrante algo más que un trabajo para sobrevivir? ¿Hasta qué punto tiene que respetar el nativo las costumbres del otro? No todos los rasgos de una cultura son respetables. Tienen prioridad las que respetan los derechos humanos y mantienen valores solidarios, las que defienden la misma dignidad para hombres y mujeres, las que protegen a la infancia, las que rechazan la esclavitud... Por lo demás, el principio ético más elemental nos obliga a ponernos en el lugar del otro y comprender lo que le pasa. O nos volcamos en los demás o nos enquistamos en nosotros mismos. La abundancia de autoestima, el culto al ego, el exceso de nosotros mismos son, como la comida basura, pésimas costumbres importadas de EE UU. Antes éramos más generosos y desprendidos. Es lo único que pude decirle al taxista. ■



Uno de los efectos colaterales de la guerra preventiva es la creciente xenofobia que convierte en sospechoso al extraño y le transforma en enemigo y culpable de las desdichas nacionales